

El Patriarca Elías Hoyek (1843-1931)

*Padre Charbel El Alam
Monje de la Orden Libanesa Maronita*

La obra que el lector tiene en sus manos es una traducción al español del estudio realizado por la hermana Margaret Ghosn, MSHF, sobre la vida y el carisma del patriarca Elías Pedro Hoyek (1843-1931), una de las personalidades más destacadas de la Iglesia maronita y de la historia moderna del Líbano. Mi intención al traducir este trabajo ha sido poner al alcance del lector hispanohablante el testimonio de un hombre cuya influencia trascendió los límites de su época y cuya memoria continúa viva tanto en la Iglesia como en la sociedad libanesa.

Mi interés por la figura del patriarca Elías Hoyek no nació únicamente de la lectura de documentos históricos o de la preparación de esta traducción. Se remonta a los años de mi formación monástica. Hacia el año 2004, cuando era novicio en el monasterio de San Cipriano y Santa Justina de Kfifán, tuve la oportunidad de visitar por primera vez la Casa Madre de las Hermanas Maronitas de la Sagrada Familia en Ebrine, donde reposan sus venerables restos. Más tarde, ya como monje, regresé en numerosas ocasiones a aquel lugar de oración y recogimiento. Ante su sepulcro, encomendaba las intenciones de muchas personas que me habían pedido rezar por ellas, confiando en la intercesión de aquel gran patriarca cuya vida estuvo enteramente dedicada al servicio de Dios, de la Iglesia y de su pueblo.

Con el paso de los años, aquellas visitas despertaron en mí un interés cada vez mayor por conocer su historia, su espiritualidad y el extraordinario legado que dejó a la Iglesia maronita y al Líbano. Descubrí entonces a un hombre profundamente arraigado en la oración, animado por una confianza absoluta en la Providencia divina, comprometido con la educación de las nuevas generaciones, sensible al sufrimiento de los pobres y capaz de asumir responsabilidades históricas decisivas para el destino de su nación.

Las páginas que siguen permiten conocer las múltiples facetas de esta figura excepcional. Sacerdote ejemplar, obispo celoso, patriarca prudente, fundador de la Congregación de las Hermanas Maronitas de la Sagrada Familia y defensor incansable de la dignidad de su pueblo, Elías Hoyek dejó una huella indeleble en la vida religiosa, social y política de su tiempo. Durante los años difíciles de la Primera Guerra Mundial socorrió a los hambrientos, consoló a los afligidos y defendió a los más vulnerables. Más tarde, en la Conferencia de Paz de Versalles, alzó su voz en favor de la independencia del Líbano y contribuyó decisivamente a la creación del Gran Líbano moderno.

Sin embargo, más allá de sus logros históricos, lo que más impresiona de su vida es la coherencia entre su fe y sus acciones. Su amor a Cristo, su devoción al Sagrado Corazón de Jesús, su filial confianza en la Santísima Virgen María y su constante abandono en la Providencia fueron el fundamento de toda su actividad. No es extraño que, después de su muerte, fuera recordado por muchos con el título de «El Hombre de la Divina Providencia».

La hermana Margaret Ghosn ha sabido presentar en esta obra una síntesis clara y documentada de la vida de este gran patriarca, permitiendo al lector acercarse tanto a los acontecimientos históricos que marcaron su época como a la riqueza espiritual que inspiró cada una de sus decisiones. Por ello, deseo

expresar mi gratitud a la autora por su valiosa contribución al conocimiento de una figura cuya relevancia sigue siendo actual.

Espero que esta traducción contribuya a dar a conocer en el mundo hispanohablante la vida y el legado de Elías Hoyek. Que su ejemplo de fe, caridad, valentía y amor a la patria inspire a quienes lean estas páginas y que su memoria continúe alentando a nuevas generaciones a servir a Dios y a los demás con generosidad y fidelidad.

1. Introducción

Elías Boutros Hoyek (1843-1931) fue elegido Patriarca Maronita de Antioquía en 1899 y ejerció este ministerio hasta su muerte, en 1931. Figura de enorme relevancia en la historia del Líbano independiente, Elías Hoyek es considerado uno de los cuatro fundadores del Líbano moderno, junto con Fakhr el Din II, Bashir II y Youssef Beik Karam.

Otro de los grandes títulos que distinguen a Elías Hoyek es el de fundador de la Congregación de las Hermanas Maronitas de la Sagrada Familia. Las circunstancias de su vida y las diversas influencias que marcaron su trayectoria contribuyeron a la creación de este nuevo instituto religioso, concebido para responder a las necesidades educativas, pastorales y espirituales de su tiempo. En las páginas que siguen se presenta la vida del Patriarca, ofreciendo una visión de los rasgos que hacen de este hombre extraordinario un modelo dentro de la Iglesia maronita, una voz de la verdad en medio de las convulsiones políticas de su época y un auténtico candidato a la santidad.

2. Los primeros años de Elías Hoyek (1843-1870)

Elías Hoyek nació en diciembre de 1843 en Hilta, una localidad del distrito de Batroun. Fue el mayor de siete hermanos: tres varones y cuatro mujeres. Su madre se llamaba Gherra Tannous, mientras que su padre, Pedro Abboud Hoyek, fue un sacerdote maronita ordenado en 1850.

Nacido en el seno de una familia de condición modesta, Elías fue bautizado el 5 de enero de 1844 en la iglesia de Nuestra Señora. Este hecho no fue una simple coincidencia, pues la Virgen María, Madre de Dios, ejercería una influencia decisiva en su pensamiento, su espiritualidad y toda su acción pastoral a lo largo de su vida.

Su primera escuela fue la que funcionaba bajo la sombra de un roble del pueblo, según la costumbre habitual de la época. Su padre alentó y cultivó en sus hijos el amor por el estudio y la formación intelectual, convirtiéndose en el principal educador de Elías durante sus primeros años.

Desde su infancia, Elías desarrolló una profunda sensibilidad religiosa y una creciente atracción por la liturgia, los ritos y el simbolismo de la tradición maronita. Al mismo tiempo, vivió una experiencia espiritual imborrable de devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Esta consagración al Corazón de Cristo lo acompañó durante toda su vida y ocupa un lugar destacado en su cuarta carta dirigida a las Hermanas Maronitas de la Sagrada Familia, titulada «El amor de Dios en la vida de una religiosa».

En ella, escribía el 22 de julio de 1921:

«Esta misma esperanza nos impulsa a exponer en nuestra carta general anual los beneficios que los fieles reciben de la devoción al Sagrado Corazón. Proclamamos la consagración de la Iglesia y de la nación a este Corazón divino, e invitamos a todos nuestros hijos a hacerlo suyo. Finalmente, amadas hijas, esfuércense por difundir la devoción al Corazón de Jesús, especialmente entre sus alumnos, para que reciban aquello que el Divino Corazón prometió a quienes propaguen su culto. Así podrá decirse de ustedes lo que Jesús afirmó de sí mismo: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10)».

Estas palabras revelan la profundidad de una espiritualidad centrada en el amor redentor de Cristo, una espiritualidad que marcaría no solo la vida personal de Elías Hoyek, sino también su obra pastoral, patriarcal y fundacional.

El compromiso de Elías Hoyek con Dios encontraría su plena realización en la vida consagrada. Su amor por la Iglesia de Dios se manifestó tanto en sus prácticas de piedad como en sus numerosas obras de caridad y servicio humanitario. Años más tarde, ya en el ejercicio de su vocación eclesial, escribiría una frase que resume admirablemente su pensamiento y su espíritu:

«Todo aquel que ama la verdad y el bien, ama también a la Iglesia».

Estas palabras reflejan una convicción profunda que acompañó toda su existencia: la Iglesia no era para él solamente una institución, sino el ámbito privilegiado donde resplandecen la verdad de Dios y la práctica del bien. Por ello, su fidelidad a Cristo se expresó inseparablemente en su amor a la Iglesia y en su entrega generosa al servicio de los demás.

3. Ordenación sacerdotal (1870-1899)

En 1851, Elías Hoyek dejó su pueblo natal de Hilta para ingresar en el Seminario de San Juan Marón de Kfarhay, donde inició su formación académica y eclesiástica. Ocho años más tarde, en 1859, fue trasladado al seminario de Ghazir, dirigido por los Padres Jesuitas. Allí profundizó sus estudios de francés, árabe, siríaco, latín y griego, además de dedicarse al estudio de la filosofía.

En 1861 se incorporó a la Cofradía de la Sagrada Familia, de la que fue elegido presidente. Su destacada capacidad intelectual y espiritual llevó al patriarca maronita Boulos Massaad a enviarlo a Roma el 10 de noviembre de 1866 para completar sus estudios teológicos en la Universidad de Propaganda Fide.

Desde la Ciudad Eterna, en una carta dirigida a sus padres el 6 de marzo de 1868, Elías manifestaba ya la profunda confianza en la Providencia divina que caracterizaría toda su vida:

«La Divina Providencia se ocupará de todas las cosas, para mayor gloria del Altísimo. Les pido que se acuerden de mí en sus oraciones, yo, el hijo de la Providencia».

Durante aquellos años romanos tuvieron lugar dos acontecimientos decisivos que marcaron profundamente su existencia. El primero fue la muerte de su padre, ocurrida en 1869. El segundo, y más trascendental para su vocación, fue su ordenación sacerdotal, conferida por el obispo Youssef Geagea el 5 de junio de 1870 en Roma.

Con ocasión de su ordenación, Elías compuso una oración titulada «Te suplico, Dios mío», en la que se revela la profundidad de su entrega a Dios y la humildad que caracterizó toda su vida sacerdotal:

«Te suplico, Dios mío, que me concedas tu gracia para servirte de la manera que te sea agradable. Deseo, por tu generosidad y tu amor, inflamar mi corazón con tu amor y apartar de él toda acción y todo apego que te desagraden.

Me consagro a mí mismo y a todo lo que poseo a tu servicio y a tu amor, para que dispongas de mí según tu voluntad.

Tú eres mi Señor, mi Salvador y mi Dios; yo soy tu siervo, tu criatura y barro moldeado por tus manos. Sin embargo, me atrevo a llamarme el menor de tus hijos y a llamarte mi Padre bondadoso y lleno de ternura.

A ti la gloria y la acción de gracias por los siglos de los siglos. Amén».

Esta oración constituye una verdadera síntesis espiritual del futuro patriarca: una confianza absoluta en la Providencia, una profunda conciencia de su pequeñez ante Dios y una entrega incondicional al servicio de la Iglesia. Estos rasgos definirían toda su trayectoria sacerdotal y prepararían el camino para las grandes responsabilidades que asumiría en los años venideros.

Tras completar con éxito su doctorado en Teología, Elías Hoyek regresó al Líbano el 9 de agosto de 1870. Durante un tiempo permaneció junto a su familia, ayudando a su madre y ocupándose de sus hermanos menores tras la reciente muerte de su padre.

En 1871 inició formalmente su labor apostólica al ser nombrado profesor de Teología Moral en el Seminario de San Juan Marón de Kfarhay. Su sólida formación intelectual, adquirida tanto en el Líbano como en Roma, lo convirtió en una figura prometedora para el servicio de la Iglesia maronita.

Al año siguiente, en 1872, fue llamado a Bkerké, residencia patriarcal de la Iglesia maronita, para desempeñarse como secretario particular del patriarca Boulos Massaad. Más tarde, en 1884, fue nombrado juez y canonista para las causas matrimoniales, una responsabilidad que exigía gran prudencia, conocimiento jurídico y sensibilidad pastoral.

Las numerosas tareas que asumió durante sus años de sacerdocio ponen de manifiesto una personalidad equilibrada, una sólida preparación intelectual y una notable capacidad de servicio.

Profesor, secretario patriarcal, canonista y pastor, Elías demostró desde temprano una extraordinaria disponibilidad para responder a las necesidades de la Iglesia allí donde se le requiriera.

Su lema espiritual resume admirablemente la orientación fundamental de toda su existencia:

«Todo... por Cristo, con Él y junto a Él».

Estas palabras revelan el centro de su vida interior. Para Elías Hoyek, Cristo no era solamente el objeto de su predicación, sino el fundamento de cada decisión, el compañero de cada trabajo y la meta última de toda su actividad sacerdotal. Su ministerio estuvo marcado por una entrega total al Señor y por un profundo deseo de poner todos sus talentos al servicio de la Iglesia y de su pueblo.

4. Del sacerdocio a la ordenación episcopal (1889-1899)

El 14 de diciembre de 1889, Elías Hoyek fue consagrado obispo titular de Arca por imposición de manos del patriarca Boutros Boulos Massaad (Pedro Pablo Massaad). Al mismo tiempo fue nombrado vicario patriarcal de una amplia jurisdicción eclesiástica que comprendía Bcharre, Zgharta y los distritos de Batroun y Jbeil.

5. Actividades pastorales

La experiencia de haber crecido en una familia humilde marcó profundamente el ejercicio de su ministerio episcopal. Como obispo, Elías mostró una especial cercanía hacia los pobres, los necesitados y todos aquellos que sufrían condiciones de vida difíciles. Fue un pastor lleno de celo apostólico, dotado de grandes cualidades humanas, sólidas convicciones morales y una notable capacidad de liderazgo.

Su acción pastoral no nacía únicamente de una preocupación social, sino de una profunda vida espiritual. La fuente de su entrega se encontraba en su íntima unión con Dios, alimentada por una intensa vida de oración. Entre sus plegarias personales se conserva esta invocación, que refleja la confianza absoluta que depositaba en el Señor:

«Dios mío, no tengo a nadie fuera de Ti ni otro Señor que Tú. Dios mío, Tú eres mi fortaleza y mi sostén, mi gloria y mi refugio. No tengo otro apoyo más que Tú, y sólo en Ti encuentro amparo. Tú eres mi Dios y mi Señor, y sin Ti no tengo esperanza alguna. Deseo amarte; concédeme la gracia de amarte...»

Estas palabras permiten vislumbrar el corazón espiritual de Elías Hoyek. Su actividad pastoral, su compromiso con los pobres y su servicio a la Iglesia brotaban de una fe profunda y de una confianza inquebrantable en la Providencia divina. Como obispo, procuró ser para su pueblo un reflejo de la cercanía de Dios, especialmente para quienes más necesitaban consuelo, protección y esperanza. Elías se opuso a toda forma de opresión, dedicando sus esfuerzos a favorecer el retorno de los libaneses emigrados a su patria, a ayudar a quienes habían sido condenados a largas penas de prisión y, con perseverante determinación, a procurar que se hiciera justicia.

Movido por su constante preocupación por el bienestar de todos, Elías insistía en que las familias y las comunidades debían regirse por valores humanitarios y por los principios de la Sagrada Escritura.

Esta profunda preocupación por la persona humana lo llevó a fundar la **Congregación de las Hermanas Maronitas de la Sagrada Familia**.

Asimismo, subrayó la importancia de la educación de los hijos, escribiendo:

«Padres y madres, eduquen constantemente a sus hijos; porque si sus palabras son convincentes, ¡cuánto más persuasivo será su ejemplo!»

6. El Colegio Maronita de Roma

Elías Hoyek desempeñó un papel decisivo en la revitalización del Colegio Maronita de Roma, fundado por el papa Gregorio XIII.

En el transcurso de diez años realizó tres viajes desde el Líbano a Roma, en una época en la que viajar constituía una empresa ardua y llena de dificultades. Partió del Líbano hacia Roma el 8 de mayo de 1890.

Esta misión exigió de él gran valentía, perseverancia y habilidad diplomática. Se reunió con el papa León XIII en el Vaticano en tres ocasiones: el 23 de julio, el 2 de agosto y el 10 de agosto de 1890, obteniendo de él una ayuda económica destinada al Colegio Maronita.

Los fondos restantes debían recaudarse en Francia. Por ello, dejó Roma rumbo a ese país llevando consigo una carta de recomendación del Santo Padre.

El obispo Elías Hoyek pasó nueve meses en Francia (1890-1891), donde visitó a diversas personalidades políticas, entre ellas el presidente de la República y el ministro de Defensa, así como a cardenales y arzobispos.

En París adquirió una iglesia y un centro destinado a la comunidad maronita. Asimismo, consiguió del gobierno francés subvenciones para la formación de ocho estudiantes maronitas en el seminario de Saint-Sulpice de París.

Durante su estancia recorrió diversas ciudades, predicando en iglesias, movilizando a sus amigos y persuadiendo a distintas asociaciones e instituciones para que colaboraran en su proyecto de reabrir el Colegio Maronita de Roma.

Finalmente, regresó a Roma con los fondos necesarios para hacer realidad esta importante iniciativa. Dedicó dos meses a la búsqueda de un lugar adecuado para el nuevo Colegio Maronita y, finalmente, adquirió un edificio en 1893.

Se reunió con el papa León XIII el 8 de junio, el 4 de agosto y nuevamente el 25 de agosto de 1893. En esta última audiencia expresó su gratitud al Santo Padre por la ayuda prestada para la fundación del Colegio Pontificio Maronita.

El 1 de enero de 1894 fue inaugurado el nuevo colegio con doce estudiantes maronitas.

Ese mismo año, el obispo Elías fue invitado por el Papa al Vaticano para participar en una serie de reuniones sobre Medio Oriente, celebradas durante el mes de octubre. Desde allí viajó a Alejandría para visitar a las comunidades maronitas establecidas en esa ciudad.

El 30 de abril de 1895 asistió al Consejo de Gobierno en Jerusalén, donde adquirió una propiedad destinada a los maronitas. En su viaje de regreso al Líbano visitó también a las comunidades maronitas de Nazaret.

Elías Hoyek emprendió un tercer viaje a Roma con el propósito de supervisar el funcionamiento del Colegio Maronita. Permaneció allí desde abril de 1897 hasta enero de 1899.

El Colegio Maronita de Roma continuó siendo objeto de su constante solicitud y desvelo. Gracias a sus esfuerzos, logró duplicar el número de estudiantes que recibían formación en la institución.

En 1904, el Colegio Maronita obtuvo una sede propia y pasó a estar bajo la dirección de sacerdotes maronitas, consolidando así su identidad y su misión al servicio de la formación del clero de la Iglesia maronita.

7. Reflexiones sobre la fundación de una congregación religiosa

La urgente necesidad de una obra educativa y de los medios adecuados para llevarla a cabo había ocupado durante mucho tiempo los pensamientos de Elías Hoyek. Estaba profundamente convencido de que el futuro de la sociedad dependía en gran medida de la educación de las jóvenes, pues ellas serían las futuras madres y el corazón de la familia, que constituye, a su vez, el fundamento de toda sociedad.

Como él mismo afirmaba:

«La educación de las niñas de hoy determina el futuro. Ellas serán las madres de sacerdotes, gobernantes, oficiales militares, agricultores, productores y comerciantes.»

El interés de Elías por fundar una congregación religiosa quedó claramente expresado en su primera carta, titulada «Los símbolos de la Congregación de la Sagrada Familia», escrita el 14 de agosto de 1915. En ella manifestaba su profunda convicción de que esta obra tenía un origen providencial:

«Dios, grande y altísimo, fundó esta querida Congregación por su providencia y misericordia. La ha alimentado y protegido hasta el presente, preservándola de toda vergüenza y división; y Dios continuará protegiéndola y bendiciéndola hasta el fin de los tiempos...».

«En verdad, queridas hijas, esta Congregación es el campo de Dios y el edificio de Dios, establecido por su bondad y misericordia para ofrecer a esta nación una congregación nacional dedicada a la educación de las jóvenes en la religión y en las virtudes que contribuyen a la formación de los hogares y a la preservación de las familias, evitando así la desintegración de la sociedad.

El Dios Altísimo levantó su bendita Congregación y la cuidó con manos amorosas, colocándola bajo la protección de la Sagrada Familia y colmándola de bendiciones para que creciera, madurara y floreciera, produciendo frutos eternos de buenas obras».

En 1893, conoció a la hermana Rosalía Nasr, quien inicialmente había ingresado en la congregación francesa de las Hermanas de Nazaret antes de incorporarse a la Congregación del Santo Rosario.

Había llegado a Kfifane para fundar una misión junto con la hermana Estefanía Kardouche.

Elías les dio a conocer su proyecto. Ambas religiosas poseían experiencia en la enseñanza y estaban dispuestas a colaborar en esta nueva iniciativa religiosa, convencidas de que era una misión a la que Dios las llamaba.

Tras completar los trámites canónicos necesarios con el Patriarca Latino de Jerusalén, bajo cuya jurisdicción se encontraba la Congregación del Rosario, Elías, Rosalía y Estefanía se dedicaron a la tarea de fundar la primera congregación femenina maronita. Esta obra marcaría un hito en la historia de la Iglesia maronita y abriría un nuevo camino de servicio educativo, pastoral y espiritual para las mujeres consagradas.

Como no se disponía de los recursos económicos necesarios, Elías puso a disposición de la hermana Rosalía un convento en Jbeil que una benefactora, Úrsula Lahoud, había donado a la Iglesia Patriarcal como bien vinculado. Aquella fue la primera «casa» de la naciente congregación, y Rosalía recibió sus llaves el 12 de agosto de 1895.

El 15 de agosto de 1895 se celebró la primera misa de fundación, presidida por él como obispo. Con su aprobación, la hermana Rosalía adquirió en 1896 cuatro bodegas que necesitaban restauración en Ebrine, en el distrito de Batroun. Este lugar se convertiría en la cuna y casa madre de la nueva congregación.

Desde sus inicios, esta residencia fue conocida como el Convento de la Sagrada Familia. Para 1898, la congregación ya contaba con una escuela en Amsheet y otra en Ebrine. Más tarde, el 7 de julio de 1913, el obispo Elías consagró la iglesia del convento de la Sagrada Familia en la casa madre de Ebrine.

Durante sus frecuentes visitas a la casa madre, repetía a las religiosas una exhortación que resumía el espíritu de la congregación:

«Entrelacen sus vidas con la de la Sagrada Familia de Nazaret.»

Los objetivos iniciales de la fundación de la congregación eran los siguientes:

1. La educación y formación de las jóvenes, respondiendo a las necesidades de cada época.
2. La atención pastoral y asistencial en hospitales, orfanatos, hogares para ancianos y dispensarios, junto con otras obras de carácter humanitario.
3. La educación religiosa y el anuncio de la Palabra de Dios, así como la colaboración en el trabajo parroquial junto con los párrocos.

La finalidad que él había concebido para la Congregación aparece con frecuencia en sus cartas pastorales anuales dirigidas a las Hermanas. En la undécima carta, titulada «La dignidad de una santa vocación», escrita el 23 de julio de 1929, les decía:

«Junto con la enseñanza de las jóvenes, se les abrió también una nueva oportunidad: el cuidado de los enfermos. En ninguna de estas tareas deben considerarse simplemente como personas que trabajan para obtener un sustento económico.

Es evidente que la enseñanza, en sí misma, no tiene nada de extraordinario; sin embargo, su finalidad es elevar lo ordinario por encima de la naturaleza. Por eso están llamadas a enseñar a las jóvenes acerca de Jesucristo, el Verbo Encarnado y Salvador del mundo, para que lo conozcan y lo adoren. Del mismo modo, el servicio a la humanidad constituye un medio para reavivar el sentimiento religioso en quienes sufren enfermedad, especialmente en aquellos que han perdido la fe o están próximos a perderla...»

Estas palabras ponen de manifiesto la visión profundamente espiritual de Elías Hoyek. Para él, la educación y la atención a los enfermos no eran meras obras sociales, sino auténticas formas de evangelización y de servicio a Cristo presente en cada persona. La misión de las religiosas debía orientarse siempre a conducir las almas hacia Dios, mediante la enseñanza, la caridad y el testimonio de una vida consagrada.

«No abandonen su vocación, ya sea en una escuela o en un hospital, porque están prestando un servicio espiritual que exige atención, vigilancia y modestia en el espíritu de la fe, para que su misión nunca pierda su dignidad ante los ojos de las jóvenes ni de los enfermos. Esto requiere gran cuidado y atención en sus palabras, acciones y celo apostólico, para que las jóvenes respeten y amen a Dios, y para sostener a los enfermos en la fe, la esperanza y la caridad, dando así gloria a Dios. Realicen todas las obras de misericordia con felicidad, alegría y sencillez de intención y de corazón».

Apenas cuatro años después de la fundación de la Congregación, ocurrió una dura prueba durante la noche del 22 al 23 de agosto de 1899. Una joven que había sido apartada de la comunidad por no haber podido adaptarse a la vida religiosa ingresó en el convento y se dirigió a la habitación de la superiora de la Congregación, la hermana Rosalía Nasr, a quien hirió mortalmente con un cuchillo. Media hora más tarde, Rosalía Nasr falleció.

Muchos pensaron que su muerte representaría un golpe fatal para la joven Congregación. Sin embargo, su fundador, Elías Hoyek, logró reanimar y fortalecer a la comunidad tras aquella dolorosa tragedia, recordándoles que la Congregación no era una obra humana, sino una institución fundada sobre la Divina Providencia:

«Es Dios quien la ha hecho prosperar y quien la conservará.»

El 30 de agosto de 1899, una semana después de la muerte de Rosalía, Elías nombró a Estefanía Kardouche como superiora de la Congregación.

En 1910, Elías Hoyek aprobó las Constituciones de la Congregación de la Sagrada Familia. A lo largo de los años dirigió numerosas cartas pastorales a las religiosas, entre las que destacan:

- Los símbolos de la Congregación de la Sagrada Familia (14 de agosto de 1915).
- Conservar el patrimonio de la Congregación (30 de julio de 1916).
- La oración (20 de julio de 1917).
- El amor de Jesús en la vida de una religiosa (22 de julio de 1921).
- La vida virtuosa en el espíritu (26 de julio de 1922).
- El espíritu de piedad y de culto (2 de agosto de 1923).
- La influencia del buen ejemplo (16 de julio de 1924).
- El misterio del crecimiento de la Congregación (3 de agosto de 1925).
- La observancia de las obligaciones y de las Constituciones (5 de agosto de 1926).
- La elección de una nueva superiora en el Espíritu del Señor (29 de julio de 1927).
- La dignidad de una santa vocación (23 de julio de 1929).
- El único deseo (26 de julio de 1930).
- La unión con Dios (25 de julio de 1931).

Tanto como obispo como posteriormente en su ministerio patriarcal, realizaba visitas canónicas anuales a la Congregación de las Hermanas Maronitas de la Sagrada Familia. Las religiosas lo

llamaban con afecto «el hombre de la Divina Providencia», porque insistía constantemente en sus cartas en la necesidad de confiar plenamente en Dios, quien nunca abandona a quienes se ponen en sus manos.

En su duodécima carta, titulada «El único deseo», escrita el 26 de julio de 1930, exhortaba a las hermanas:

«Confíen en Dios, queridas hijas, y elijan el camino recto, como María Magdalena.»

Del mismo modo, en su decimotercera y última carta, «La unión con Dios», fechada el 25 de julio de 1931, escribía:

«El siervo que afirma que su fortuna y su éxito son únicamente fruto de su propio trabajo y esfuerzo, es alguien que rechaza la Providencia de Dios.»

Una vez más estaba expresada su confianza absoluta en la Providencia divina, la cual consideraba el fundamento de toda obra apostólica y de toda auténtica vida cristiana.

¿Por qué podrían considerarse universalmente significativas las acciones de Elías Hoyek?

La fundación de escuelas para niños desfavorecidos, especialmente en regiones alejadas y marginadas, con el fin de brindarles educación y ofrecerles una oportunidad para construir un futuro mejor, es sin duda una obra noble, aunque no necesariamente extraordinaria.

Sin embargo, todo esfuerzo orientado a promover la justicia y aliviar la situación de los pobres adquiere una importancia mucho mayor cuando se contempla a la luz de la realidad contemporánea, marcada con frecuencia por el individualismo, la búsqueda del bienestar material y la secularización creciente de la sociedad.

En este contexto, la vida y la obra de Elías Hoyek destacan por su compromiso constante con la dignidad humana, la educación, la solidaridad y el servicio al prójimo. Su ejemplo recuerda que el auténtico progreso de una sociedad no puede medirse únicamente por sus logros materiales, sino también por su capacidad de proteger a los más vulnerables y de promover valores espirituales y morales que fortalezcan el bien común.

Las acciones realizadas únicamente para el bien de los demás, nacidas de una auténtica voluntad de amar, poseen una fuerza transformadora que deja huella e incluso puede considerarse santa.

Una sola buena obra realizada por una persona puede inspirar y generar muchas otras, como ocurrió con el rápido crecimiento de la Congregación fundada por nuestro protagonista. Más significativo aún es el hecho de que innumerables vidas, a lo largo de sucesivas generaciones, se han beneficiado del ministerio surgido de la preocupación de un hombre por la educación y el bienestar de los niños más desfavorecidos.

Cuando una iniciativa nace de una intención sincera y persevera con fidelidad en su propósito, es capaz de superar las dificultades y los obstáculos que encuentra en su camino. Con el tiempo, su importancia crece a medida que sus frutos son reconocidos y acogidos por un número cada vez mayor de personas.

Precisamente esto es lo que puede observarse en la continua expansión de la misión apostólica de las Hermanas Maronitas de la Sagrada Familia. Lo que comenzó como una respuesta concreta a una necesidad social y educativa se convirtió en una labor duradera que ha contribuido al bien espiritual, humano y cultural de numerosas comunidades, dejando una herencia que continúa dando frutos hasta nuestros días.

La educación de las niñas de las aldeas pronto dio paso a la inclusión de los niños y se extendió también a estudiantes de diversos orígenes y credos. Sin embargo, la visión de Elías no se detuvo allí. Continuó ampliando sus esfuerzos, su dedicación y su compromiso al servicio de un bien cada vez mayor.

Con la nueva Congregación, la atención se dirigió también al bienestar de personas de todas las edades y condiciones sociales: desde los niños en edad preescolar hasta los pacientes de hospitales, sin olvidar la atención pastoral y humana a los ancianos.

La Congregación fue creciendo progresivamente y, desde entonces, ha extendido su misión más allá de las fronteras del Líbano. En la actualidad continúa desarrollando su apostolado en el Líbano, Siria, Australia y Francia, manteniendo vivo el espíritu de servicio, educación y caridad que inspiró a su fundador.

8. Del episcopado al patriarcado (1899-1931)

Tras el fallecimiento del patriarca Juan El-Hajj, ocurrido el 24 de diciembre de 1898, Elías Hoyek, que se encontraba en Roma, regresó de inmediato al Líbano. Salió de la Ciudad Eterna el 27 de diciembre y llegó a la sede patriarcal de Bkerké el 5 de enero de 1899. Al día siguiente se celebró el sínodo para la elección del nuevo patriarca, en el que fue elegido por los obispos maronitas. La ceremonia de su entronización como Patriarca de Antioquía y de Todo el Oriente tuvo lugar el domingo 9 de enero de 1899.

En su vida espiritual privada, el patriarca Elías cultivó una profunda dimensión ascética y contemplativa. Su residencia en Bkerké era sumamente sencilla y constaba de tres habitaciones: una servía como dormitorio y despacho, otra como sala de recepción y la tercera como capilla privada, donde celebraba la Santa Misa al amanecer.

Dedicaba varias horas al día a la oración y a la meditación. Entre sus lecturas espirituales predilectas se encontraban el Nuevo Testamento, las Confesiones de San Agustín de Hipona, las Máximas Eternas y la obra espiritual La Imitación de Cristo. Además, observaba ayuno todos los sábados, incluso cuando su estado de salud era delicado.

Esta vida profundamente centrada en Cristo se reflejó también en las normas de la Congregación femenina que había fundado, donde insistía especialmente en las virtudes de la humildad y la pobreza evangélica.

En su novena carta, titulada «Observad las obligaciones y las Constituciones», escrita el 5 de agosto de 1926, exhortaba a las religiosas con estas palabras:

«La religiosa debe ser para el pueblo un ejemplo de virtud y de buenas obras, observando fielmente los votos, las Constituciones, la vida comunitaria, la igualdad en la comida, en el vestido y en las posesiones, los retiros espirituales, la participación en la Santa Misa, la oración mental y vocal, la visita al Santísimo Sacramento, la confesión y la recepción de la Sagrada Comunión...

Es necesario que cumpla estas obligaciones, porque el Reino de los Cielos recompensa a quienes trabajan en la viña del Señor.»

Asimismo, se preocupó por el desarrollo material de las comunidades confiadas a su cuidado. Impulsó proyectos de irrigación para las tierras de Bkerké y fomentó la plantación de olivos y moreras en las propiedades del Patriarcado, considerando que el trabajo de la tierra y el aprovechamiento responsable de los recursos constituían medios eficaces para asegurar una vida digna y sostenible.

De este modo, su acción pastoral unía constantemente la atención a las necesidades espirituales con una preocupación concreta por el bienestar humano y social de las personas.

9. Nuestra Señora del Líbano en Harissa

En 1904, el patriarca Elías Hoyek acordó con el nuncio apostólico Carlos Duval la construcción de la estatua de Nuestra Señora del Líbano en la cima de Harissa, como conmemoración del quincuagésimo aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción.

La estatua fue instalada en 1907, dando origen a un nuevo centro de peregrinación que, hasta el día de hoy, continúa siendo uno de los santuarios más emblemáticos del mundo cristiano y uno de los símbolos más reconocibles del Líbano.

Esta iniciativa estuvo profundamente inspirada por el deseo del patriarca de proclamar la fe cristiana a todos los pueblos. Al igual que la Virgen María, él escuchó la Palabra de Dios y respondió a ella poniendo siempre en primer lugar la voluntad divina. La imagen de María, visible desde grandes distancias, no solo debía recordar la presencia maternal de la Virgen, sino también expresar la convicción del patriarca de que los cristianos están llamados a ser luz para el mundo.

En su séptima carta, titulada «La influencia del buen ejemplo», escrita el 16 de julio de 1924, dirigía a las Hermanas Maronitas de la Sagrada Familia estas palabras:

«Desde hace tiempo hemos deseado que su bendita Congregación sea como una ciudad edificada sobre el monte santo, una lámpara resplandeciente que proyecte sus transparentes rayos desde las alturas para iluminar a todos y guiarlos por el camino recto; no solamente mediante la enseñanza y la educación de las jóvenes, sino también corrigiendo toda desviación y previniendo todo error que perjudique la vida familiar y la vida social.»

En estas palabras se refleja claramente su ideal apostólico: una Iglesia llamada a irradiar la luz de Cristo mediante el testimonio, la educación y el servicio, para transformar la sociedad desde sus fundamentos más profundos.

10. Parroquias, iglesias y eparquías

Su beatitud realizó numerosas visitas pastorales a parroquias, iglesias, monasterios y conventos. Asimismo, alentó a diversas congregaciones religiosas occidentales, entre ellas los jesuitas, los Hermanos Cristianos, los Hermanos Maristas y los lazaristas, a establecer instituciones educativas en el Líbano.

Mostró una preocupación particular por la formación de los seminaristas, y también dedicó una atención especial a la vida monástica. Sus principales objetivos eran fortalecer la acción pastoral y promover la renovación espiritual de las comunidades, metas que procuraba alcanzar mediante retiros espirituales anuales organizados en cada parroquia.

El patriarca contribuyó generosamente a la construcción de numerosas iglesias en todo el territorio libanés. La edificación de estos templos respondía a su deseo de servir al pueblo y de fortalecer la vida de fe de las comunidades cristianas.

Valoraba profundamente la historia de los maronitas y la importancia de conservar una espiritualidad sólida y una fe comprometida. Así lo expresaba en una de sus exhortaciones:

«No pierdan el tesoro de nuestros queridos antepasados, ni los méritos de los santos ermitaños, ni la preciosa sangre de los mártires.»

Su amor por la espiritualidad y el patrimonio maronita quedó también de manifiesto cuando, en 1902, inició la construcción de una residencia patriarcal de verano en Diman, obra que concluyó en 1903. El lugar fue elegido sobre una colina desde la cual se contempla el célebre Valle de los Santos,

permitiendo al patriarca reencontrarse con la espiritualidad de los primeros monjes maronitas y con las raíces más profundas de la tradición de su Iglesia.

En 1902, delegó a los reverendos Shikrallah Khoury y Boutros Shebly la misión de visitar a los maronitas de Chipre. Los enviados patriarcales destinaron importantes recursos para ayudar a los maronitas necesitados y a sus instituciones, y presentaron al patriarca un informe detallado sobre la situación de aquella comunidad desde los puntos de vista espiritual, social y material.

En 1905, el patriarca partió de Bkerké hacia Roma, pasando por Jaffa, en Palestina, donde el 22 de mayo bendijo la piedra fundamental de la iglesia maronita de San Antonio. Durante su estancia en Alejandría, Egipto, intercambió visitas con el patriarca copto ortodoxo.

En aquel viaje se impulsaron proyectos destinados a crear en Egipto un vicariato patriarcal que atendiera las necesidades espirituales, sociales y materiales de los maronitas, así como a promover la expansión de la actividad misionera. Aunque Elías había concebido estos planes durante sus visitas de 1894 y 1895, fue recién en 1904, gracias a sus esfuerzos como patriarca, cuando comenzaron a hacerse realidad. En 1946, Egipto fue elevado al rango de eparquía maronita.

En 1920, el patriarca envió una delegación para visitar a los maronitas establecidos en los Estados Unidos, en Argentina y en otras regiones del mundo. Asimismo, tomó las medidas necesarias para favorecer la creación de eparquías independientes destinadas a las comunidades maronitas de América del Norte y América del Sur.

Sin embargo, a pesar de su preocupación pastoral por la diáspora, continuó alentando a los libaneses a permanecer en su patria. Como escribió en una de sus exhortaciones:

«No abandonen el país, porque el verdadero patriotismo permanece en esta tierra».

11. Viajes y gestiones políticas

Tanto como obispo como posteriormente en su ministerio patriarcal, Elías Hoyek fue incrementando progresivamente sus viajes y su participación en asuntos públicos y políticos. Llevaba profundamente en el corazón el destino de la nación y trabajó incansablemente por la libertad y la dignidad de su pueblo.

Con gran firmeza afirmaba:

«Ustedes, los políticos que representan al pueblo, no pueden descuidar sus intereses sin deshonorar la verdad y faltar a vuestra lealtad.»

Y también escribía:

«Si los periodistas son honestos, proclaman la verdad y prestan un gran servicio a la nación.»

La defensa de la justicia, la verdad, la libertad y las obras de carácter humanitario constituyó uno de los rasgos más característicos de su acción pastoral y pública, y desempeñó un papel fundamental en su labor como patriarca.

El patriarca Elías Hoyek estuvo presente en Roma para participar en la ceremonia de coronación de Pío X el 9 de agosto de 1903.

Posteriormente viajó a Estambul, donde permaneció entre el 17 de octubre y el 2 de noviembre de 1905. Durante esa visita fue recibido en dos ocasiones por el sultán otomano. En aquellas audiencias logró obtener mejoras significativas en la gestión de los asuntos libaneses y en la administración del país, poniendo de manifiesto sus notables capacidades diplomáticas y su constante preocupación por el bienestar de su pueblo.

12. La Primera Guerra Mundial

La Primera Guerra Mundial estuvo marcada por la persecución de los cristianos en Medio Oriente. El 28 de octubre de 1914, el Imperio Otomano entró en la guerra como aliado de Alemania, y las constituciones de 1860-1864 que garantizaban la autonomía del Líbano fueron abolidas por el gobierno turco.

El 28 de noviembre de 1914, el ejército otomano entró en el Monte Líbano.

En 1915, el gobernador general del Líbano, Ohannes Pachá, fue sustituido por Ali Munif, el segundo turco en gobernar el país. El Líbano quedó entonces sometido directamente a la autoridad militar otomana, lo que provocó numerosas violaciones de los derechos de la población. Los soldados turcos ocuparon viviendas particulares, obligando a muchas familias a soportar durísimas condiciones durante el invierno, mientras que diversos monasterios fueron transformados en instalaciones militares.

Ese mismo año apareció en Damasco Jamal Pachá, conocido también como «Al-Jazzar» («el Carnicero»), quien asumió el mando del Cuarto Ejército Otomano y extendió su control sobre el Líbano.

Jamal Pachá impuso el servicio militar obligatorio a los libaneses, requisó animales de carga y exigió que la población suministrara alimentos para el mantenimiento de sus tropas. De este modo comenzó un período de terror y opresión que afectó gravemente a la población del país.

El 6 de mayo de 1916, veintiún musulmanes y cristianos acusados de simpatizar con Francia o con la causa árabe contra el Imperio Otomano fueron ejecutados en Beirut y Damasco. Este acontecimiento quedó profundamente grabado en la memoria nacional libanesa y es recordado cada año en la Plaza de los Mártires de Beirut y durante la celebración del Día de los Mártires.

Durante la segunda mitad de 1915, las reservas de alimentos y los bienes de primera necesidad se agotaron en la región del Monte Líbano. A esta situación se sumó una devastadora invasión de langostas que destruyó las cosechas. Además, el bloqueo impuesto por las autoridades otomanas a las costas del Líbano y de Siria privó a la población de prácticamente todos los medios de subsistencia.

En 1916, la hambruna y la desnutrición, agravadas por las duras condiciones de vida, provocaron epidemias de tifus y peste bubónica. Se estima que entre 100.000 y 150.000 libaneses perdieron la vida a causa del hambre, las enfermedades y sus consecuencias.

A medida que el Imperio Otomano se acercaba a su colapso, las autoridades turcas introdujeron en el Líbano una moneda otomana prácticamente sin valor, lo que agravó aún más la crisis económica ya provocada por la guerra.

Frente a esta tragedia, el patriarca Elías Hoyek puso al servicio de los necesitados tanto sus propios recursos como los fondos del tesoro patriarcal. La residencia patriarcal permanecía abarrotada día y noche por multitudes que acudían en busca de alimentos y provisiones para sus familias.

El patriarca envió sacerdotes a distribuir comida y ayuda económica en los vicariatos patriarcales y en otras regiones del Líbano para aliviar, en la medida de lo posible, el sufrimiento del pueblo. Su actitud estaba inspirada por una visión profundamente humana y cristiana, que expresó con estas palabras: «Dar a todos, porque el Patriarcado es una madre compasiva que considera a todos como hijos suyos, sin distinguir entre cristianos y musulmanes.»

La hambruna continuó durante los años 1917 y 1918, causando la muerte de miles de personas más.

En medio de aquella calamidad, Elías Hoyek escribió a las Hermanas Maronitas de la Sagrada Familia en su tercera carta pastoral, titulada «La oración», fechada el 20 de julio de 1917:

«Deben dar gracias de manera especial en estos días al Dios Altísimo, que les ha protegido mediante una providencia particular del hambre que ha arrebatado la vida a tantos, incluso entre algunas religiosas.»

Estas palabras reflejan la profunda fe con la que el patriarca afrontó uno de los períodos más dolorosos de la historia moderna del Líbano, combinando la confianza en la Providencia divina con una incansable labor de asistencia a los más necesitados.

Ante lo que consideraba una actitud desafiante por parte del patriarca, Jamal Pachá intentó desterrarlo. Con ese propósito, le pidió que se reuniera con él en Saoufar. En aquel momento, el patriarca se encontraba en la residencia de Dimán, situada a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia, y contaba ya con setenta y dos años de edad.

A pesar de ello, aceptó la invitación del jefe militar otomano para evitar posibles represalias contra la población libanesa. El encuentro tuvo lugar el 21 de julio de 1915. Durante la reunión, Jamal criticó la amistad que el patriarca mantenía con Francia. Elías respondió que Francia había sido una benefactora de la comunidad maronita y que era natural conservar esas relaciones, recordando además que Francia también había sido aliada del propio Imperio Otomano.

El patriarca era plenamente consciente de que Turquía era la potencia gobernante en el Líbano, mientras que Francia brindaba protección y apoyo a los maronitas. Por ello, procuraba mantener relaciones con Francia sin despertar sospechas, celos ni hostilidad por parte de las autoridades otomanas.

Jamal Pachá convocó una segunda reunión en Saoufar el 21 de julio de 1916 y envió una tercera invitación el 4 de mayo de 1917. En esta ocasión, dirigió una nueva carta al patriarca con la intención de atraerlo progresivamente fuera del territorio libanés para exiliarlo.

Conociendo las verdaderas intenciones de Jamal, el patriarca alegó problemas de salud y propuso que el encuentro se realizara en la residencia del arzobispo maronita de Chipre, en Qornet Chehwan.

Finalmente, gracias a la intervención de la Santa Sede y del emperador de Austria, Jamal se vio obligado a desistir de sus planes y permitir que el patriarca permaneciera en el Líbano.

En 1918, el ejército británico entró en Damasco, mientras las fuerzas turcas y alemanas se retiraban del Líbano y de Siria. Jamal Pachá fue destituido de su cargo.

Gracias a la prudencia, habilidad diplomática y visión política del patriarca Elías Hoyek, el Líbano pudo avanzar hacia su liberación del dominio otomano. Su profundo amor por la patria lo llevó a oponerse a toda forma de opresión extranjera y a defender constantemente el bien común.

Como él mismo afirmaba:

«La paz de la nación sólo se alcanza mediante el servicio al interés público.»

13. El Congreso de Paz de Versalles (1919)

En 1918 existía una fuerza árabe encabezada por el príncipe Faisal I. Debido a las promesas realizadas por los británicos a su padre, el gran jerife de La Meca, Faisal estaba convencido de que, tras la derrota del Imperio Otomano, gobernaría un vasto territorio que incluiría Siria, el Líbano y Jordania. Después de entrar en Damasco con sus tropas, Faisal envió a Beirut un grupo de aproximadamente cien combatientes que izaron la bandera del Hiyaz el 5 de octubre de 1918. Esta acción alarmó a las autoridades francesas. Tres días más tarde, el 8 de octubre de 1918, el general Edmund Allenby, comandante supremo de las fuerzas aliadas, entró en Beirut, tomó el control de la situación, ordenó retirar la bandera y obligó a los combatientes a retirarse.

Durante el Congreso General Sirio de 1919, Faisal defendió la creación de una Gran Siria independiente, que abarcaría Siria, el Líbano, Jordania, Irak, Palestina y la Península Arábiga. Además, el 3 de enero de 1919 aceptó la Acuerdo Faisal-Weizmann, firmado junto con Chaim Weizmann, mediante el cual reconocía la Declaración Balfour.

El patriarca Elías Hoyek observó con preocupación estos acontecimientos y otras iniciativas que podían poner en peligro la independencia del Líbano.

Ante esta situación, el Consejo Administrativo del Monte Líbano, organismo que representaba a las distintas comunidades religiosas bajo el sistema de la Mutasarrifia, se reunió el 1 de diciembre de 1918 y decidió enviar una delegación a la Conferencia de Paz de París, inaugurada el 18 de enero de 1919.

La primera delegación libanesa, compuesta por siete miembros y presidida por Daoud Ammoun, presentó ante la conferencia, el 13 de febrero de 1919, una solicitud formal de independencia para el Líbano.

Al no obtener resultados concretos, Elías Hoyek decidió encabezar personalmente una segunda delegación libanesa ante la Conferencia de Paz. El 15 de julio de 1919 partió del Líbano rumbo a Europa. Tenía entonces setenta y seis años.

Durante el viaje escribió una frase que refleja admirablemente su espiritualidad y su confianza en Dios:

«No comprendo apoyarme en la política, sino más bien en Dios y en este rosario.»

14. En París y la defensa de la independencia del Líbano

En París, el patriarca Elías Hoyek y la delegación libanesa fueron recibidos y hospedados por el gobierno francés. Durante su estancia mantuvo encuentros con numerosas personalidades políticas de primer nivel, entre ellas el presidente de Francia, Raymond Poincaré, y el primer ministro francés, Georges Clemenceau.

El 27 de octubre de 1919 presentó ante la Conferencia de Paz un extenso memorando en el que exponía los fundamentos históricos, políticos y jurídicos que justificaban el derecho del Líbano a la independencia y su capacidad para ejercer plenamente la soberanía nacional. Asimismo, solicitó la restauración íntegra de las fronteras históricas y naturales del país, incluyendo los territorios que habían sido separados o usurpados durante el dominio otomano.

Al defender la creación de un Gran Líbano como entidad política distinta, el patriarca recurrió también a la herencia fenicia para subrayar la identidad histórica propia del pueblo libanés. Sostenía que los libaneses modernos descendían de los antiguos fenicios, argumento que utilizó especialmente ante los delegados occidentales de la Conferencia, para quienes Fenicia representaba una referencia histórica bien conocida y apreciada.

La Iglesia maronita desempeñó un papel fundamental en la preservación de esta identidad particular, constituyéndose en uno de los pilares históricos y culturales sobre los que se apoyaba la reivindicación de una entidad libanesa diferenciada.

El 10 de noviembre de 1919, Georges Clemenceau dirigió una carta al patriarca confirmando la aprobación francesa de las principales demandas presentadas por la delegación libanesa. En ella afirmaba:

«Con la ayuda y el apoyo de Francia, los libaneses tienen asegurada la conservación de sus tradiciones, el desarrollo de sus instituciones políticas y administrativas, la plena recuperación de su país y la educación de sus hijos en escuelas adecuadas para el servicio público en el Líbano. Francia concederá la mayor importancia al hecho de que, al determinar las fronteras del Líbano, sea necesario incluir la Montaña, los territorios de la llanura y una salida al mar, elementos indispensables para su prosperidad.»

Estas declaraciones constituyeron un respaldo decisivo a las aspiraciones nacionales defendidas por Elías Hoyek y fortalecieron la causa de la independencia libanesa en el escenario internacional.

A su regreso al Líbano, el patriarca fue recibido por la población como un auténtico vencedor, pues muchos consideraban que había logrado defender con éxito los derechos históricos de su patria y sentar las bases para el nacimiento del Gran Líbano moderno.

El primer ministro francés, Georges Clemenceau, propuso al príncipe Faisal I una solución de compromiso: gobernar Siria, pero no el Líbano. Sin embargo, esta propuesta fue rechazada por el Congreso General Sirio en enero de 1920.

Posteriormente, en marzo de 1920, el Segundo Congreso General Sirio proclamó la independencia de una Gran Siria que incluiría Siria, el Líbano y Palestina, designando a Faisal como monarca constitucional.

Ante esta situación, el 27 de mayo de 1920 el general francés Henri Gouraud recibió la orden de actuar militarmente contra Faisal. El 26 de julio de ese mismo año, Faisal fue depuesto de Siria.

Finalmente, el 1 de septiembre de 1920 tuvo lugar un acontecimiento decisivo para la historia libanesa. El general Gouraud, acompañado a su derecha por el patriarca Elías Hoyek y a su izquierda por el muftí Mustafa Naja, proclamó oficialmente la creación del Estado del Gran Líbano.

Con esta proclamación, el Líbano recuperó sus fronteras históricas y geográficas, incorporando el Monte Líbano, las llanuras circundantes y una salida al mar, elementos considerados esenciales para la viabilidad y prosperidad del nuevo Estado.

El 24 de julio de 1922, la Sociedad de Naciones aprobó oficialmente el mandato francés sobre Siria y el Líbano. Más tarde, el 23 de mayo de 1926, en el Líbano fue proclamada la Constitución de la República Libanesa.

Muchos historiadores atribuyen una parte importante de estos acontecimientos a la firme visión patriótica de Elías Hoyek, quien defendió constantemente la identidad, la libertad y la soberanía de su país. Su pensamiento queda resumido en una frase que refleja su profundo sentido de pertenencia nacional y su deseo de unidad entre todos los ciudadanos:

«Soy el Patriarca maronita; mi rito es libanés, y estoy al servicio de todos los libaneses.»

15. Sus últimos años y su muerte

Reconocido por su extraordinaria generosidad, solía expresar con serenidad su total abandono en la voluntad de Dios:

«No me importa si se me concede una vida larga o breve... Acepto todo de las manos de Dios, que es quien dispone mi destino, y nada más deseo.»

En una ocasión, el arzobispo Boulos Akl, a petición de Josefina Hoyek, superiora general de la Congregación, pidió al patriarca que redactara un testamento solicitando ser enterrado en el convento de la Sagrada Familia. Elías respondió con su característico sentido práctico y humildad:

«¿Muerto y todavía preocupado por eso? Que me entierren donde quieran.»

Sin embargo, durante su vida manifestó en repetidas ocasiones que se sentía especialmente en casa en la Casa Madre de Ebrine.

El patriarca partió de este mundo en la víspera de Navidad, el 24 de diciembre de 1931, en Bkerké. Murió sin poseer bienes materiales y adeudando únicamente tres libras al reverendo Boulos Tohme. Después de su muerte se publicó su biografía bajo el título «El hombre de la Divina Providencia», nombre que reflejaba fielmente la percepción que muchos tenían de él. Fue recordado como un hombre de sinceridad y valentía, veraz en sus palabras, fiel a sus promesas, misericordioso por naturaleza y dotado de una notable sabiduría y de elevados principios morales.

Tras su fallecimiento fue sepultado en Bkerké. Años más tarde, las Hermanas Maronitas de la Sagrada Familia solicitaron que sus restos fueran trasladados a la Casa Madre de Ebrine. La iniciativa fue promovida por Josefina Hoyek, entonces superiora general de la Congregación.

El patriarca Antoine Arida autorizó la exhumación de los restos del patriarca Elías. El procedimiento tuvo lugar el 12 de mayo de 1936.

El 11 de mayo de 1936, en presencia de los arzobispos Abdallah Khoury, Boulos Akl y Elias Chedid, se abrió la tumba donde reposaba el cuerpo de Elías Hoyek. Según los testimonios recogidos entonces, el cuerpo fue hallado extraordinariamente conservado. Las vestiduras sacerdotales permanecían intactas, aunque cubiertas de polvo; el rostro seguía siendo reconocible, conservando la piel, la barba y el bigote que lo caracterizaron en vida. Las manos mantenían su integridad, los dedos estaban intactos y el abdomen se encontraba firme y sin signos visibles de descomposición.

Al día siguiente, el cuerpo fue trasladado a la Casa Madre de Ebrine, donde permanece hasta hoy, convirtiéndose en lugar de peregrinación para numerosos fieles que acuden a honrar la memoria de quien muchos consideran una de las figuras más importantes de la historia de la Iglesia maronita y del Líbano moderno.

16. Conclusión

El patriarca Elías Hoyek desempeñó un papel destacado en los ámbitos social, político y religioso, ejerciendo una profunda influencia sobre los acontecimientos de su tiempo. Le correspondió guiar al pueblo libanés durante una de las etapas más decisivas de su historia.

Se enfrentó con firmeza a la autoridad opresiva de Jamal Pachá y del Imperio Otomano, y posteriormente defendió la identidad y la independencia del Líbano frente a los proyectos políticos que pretendían incorporarlo a un reino árabe unificado bajo el liderazgo del rey Faisal. Gracias a su autoridad moral y a su capacidad de diálogo, logró reunir en torno a la causa nacional no solo a los maronitas, sino también a las diversas comunidades que formaban la sociedad libanesa.

En la Conferencia de Paz de Versalles alzó su voz para reclamar la independencia del Líbano y desempeñó un papel decisivo en la creación del Estado del Gran Líbano, proclamado en 1920.

El patriarca se hizo célebre por su profundo patriotismo, expresado en dos afirmaciones que han quedado grabadas en la memoria nacional:

«El Líbano es una sola comunidad libanesa.» y «Estoy al servicio de todos los libaneses.»

Ese mismo amor por la patria quedó reflejado en su carta apostólica publicada en 1931, titulada «El amor a la patria».

Su celo pastoral, su fervor espiritual y su intensa actividad apostólica despertaron la admiración de amplios sectores del pueblo. Su sensibilidad humana y cristiana lo llevó a fundar la Congregación de las Hermanas Maronitas de la Sagrada Familia, que continúa hoy encarnando su carisma mediante

numerosas obras educativas, pastorales y asistenciales dirigidas a niños, jóvenes, ancianos, cristianos y musulmanes.

Partiendo de orígenes humildes, Elías Hoyek creció bajo la acción de la gracia de Dios y dedicó toda su existencia al servicio de su pueblo y de su patria. Su compromiso constante con la justicia, la paz, la libertad y la dignidad humana marcó profundamente la historia moderna del Líbano.

Por ello, muchos de sus contemporáneos llegaron a considerarlo un auténtico servidor de Dios, fiel a su misión, guiado por la Providencia divina y entregado sin reservas al bien de la Iglesia y de la nación.

Referencias:

Beggiani, Seely. Aspects of Maronite History (Part Eleven). The 20th Century in the Middle East.

<http://www.stmaron.org/marhist11.html>

Harb, Antoine Khoury. The Maronites and the state of Great Lebanon (Year 1920).

<http://www.10452lccc.com/leb%20history/maroniteshistory3eng1920.htm>

Kaufman, Asher. 'Phoenicians: The formation of an identity in Lebanon in 1920.' In Middle Eastern Studies. Vol 37, No. 1, Jan 2001: 173-194.

Maronite History Project. Elias Howayek from Helta.

http://www.maronitehistory.org/Elias_HOWAYEK_from_Helta.

FUNDACION
GLADIUS